

anuario
1985

INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO



ANUARIO 1985

INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»

**anuario
1985**

**INSTITUTO
DE ESTUDIOS
ZAMORANOS
FLORIAN
DE OCA MPO**



CONSEJO DE REDACCION

Miguel Angel Mateos Rodríguez, Enrique Fernández-Prieto, Miguel de Unamuno, Juan Carlos Alba López, Juan Ignacio Gutiérrez Nieto, Luciano García Lorenzo, Jorge Juan Fernández, José Luis González Vallvé, Eusebio González.

Diseño Portada: Angel Luis Esteban Ramirez.

© INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»
(Consejo Superior de Investigaciones Científicas)
DIPUTACION PROVINCIAL DE ZAMORA

ISBN: 84-505-4497-1

Depósito legal: ZA - 258 - 1986

Imprime: Gráficas Heraldo de Zamora. Santa Clara, 25. ZAMORA

INDICE

ARTICULOS

ARQUEOLOGIA	11
Alberto Campano Lorenzo, J. Antonio Rodríguez Marcos y Carlos Sanz Mínguez: <i>Apuntes para una primera valoración de la explotación y comercio de la variscita en la Meseta Norte</i>	13
Jesús del Val Recio: « <i>Campaña de excavación en el entorno de la Iglesia de Santo Tomé</i> » (Zamora)	23
Fernando Regueras Grande: <i>Restos y noticias de Mosáicos Romanos en la provincia de Zamora</i>	37
ARTE	61
José Angel Rivera de las Heras: <i>La iglesia zamorana de San Isidoro</i>	63
BIOLOGIA	99
M. ^a Teresa Lucas Castro: <i>Insectos en las Lagunas de Villafáfila</i>	101
Ignacio Regueras: <i>Denominaciones locales de diferentes especies zoológicas en la provincia de Zamora</i>	107
ECONOMIA	115
M. ^a Lourdes García López-Casero y Emilia Martínez Pereda: <i>Sayago, una comarca desfavorecida</i>	117
M. ^a Elisa González Moro Zincke: <i>Evolución y estado actual de la ganadería bovina en Tierra de Alba</i>	139
Antonio Maya Frades: <i>Estructura agraria de Zamora y las diferencias económicas y espaciales entre sus comarcas</i>	157
ETNOLOGIA	217
Joaquín Miguel Alonso: <i>El cultivo y el tratamiento tradicional del lino en Sanabria</i>	219
M. ^a Lena Mateu Prats: <i>Simientes representadas en la joyería popular zamorana</i>	237
FILOLOGIA	263
Juan Carlos González Ferrero: <i>Vocabulario tradicional de la vid y el vino en el habla de Toro. Su carácter dialectal</i>	265
Carlos Cabañas: <i>Aproximación al dialecto leonés de Zamora, ciudad Manuel Villar Junquera: «Estudio y clasificación de la toponimia de Melgar de Tera y Pumarejo de Tera (Zamora)</i>	283
Manuel Villar Junquera: «Estudio y clasificación de la toponimia de Melgar de Tera y Pumarejo de Tera (Zamora)»	293
GEOLOGIA	313
M. ^a Candelas Moro Benito: <i>Los yacimientos e indicios minerales de la provincia de Zamora</i>	315
HERALDICA	329
José Tomás Ramírez Barberó: <i>Apuntes para un estudio de la Heráldica de los linajes toresanos</i>	331

HISTORIA	371
Juan C. Alba López: <i>Origen y desarrollo del Regimiento Perpetuo en la ciudad de Toro (1480-1523)</i>	373
Angel Infantes Gil: <i>Las primeras huelgas del campo castellano: Los conflictos sociales de Tierra de Campos en 1904</i>	419
Pilar Martín Cabreros y Javier E. Sánchez Ruiz: <i>Aproximación a la estructura socio-profesional de la provincia de Zamora en el siglo XVIII a través de las respuestas generales del Catastro del Marqués de la Ensenada</i>	443
Manuel Samaniego: <i>Análisis de una hacienda rural: Acumulación, donación y explotación. Los Zazo-Guadalupe Ramírez y el convento de San Ildefonso el Real de Toro en Villabuena del Puente (Zamora)</i>	515
Leoncio Vega Gil: <i>Absolutismo y educación: La Real Junta de Inspección de escuelas de la capital y provincia de Zamora (1825-1833)</i>	561
Alfredo Prieto Altamira: <i>Dos ejemplos sobre el papel de la propiedad comunal a mediados del siglo XVIII en Sayago (Zamora)</i>	579
 TEXTOS Y DOCUMENTOS	
Francisco Rosdríguez Pascual: <i>Políticas y prácticas de ayuntamiento en Carbajales y Tierra de Alva. Carbajales (Zamora) 1758</i>	613
Ramón M. Carnero Felipe: <i>La privatización de la tierra en Almeida de Sayago durante el siglo XIX</i>	637
Enrique Fernández-Prieto: <i>Las Ordenanzas de la cofradía de N.ª Sra. del Rosario y Purificación del año 1544</i>	657
Bibliografía de Zamora, 1985	669
 ACTIVIDADES Y CONFERENCIAS, 1985	
Memoria de actividades, 1985	675
Memoria del Curso 1984-85	677
J. Lamo de Espinosa: « <i>La agricultura zamorana y el Mercado Común</i> » ..	687
Ciclo « <i>España siglo XX</i> »	699
— Vicente Palacio Atard: « <i>El fin de un poder personal: Primo de Rivera, 1930</i> »	703
— Javier Tussell: <i>El Primer Franquismo, 1939-1957</i>	721
— Julio Aróstegui: <i>La Guerra Civil Española</i>	737
Día de la Provincia 1985: « <i>Perspectivas socio-económicas de la provincia de Zamora</i> »	761
Alejandro Nieto: « <i>La experiencia autonómica</i> »	783
Ciclo « <i>Leopoldo Alas Clarín</i> »	803
— J. M.ª Martínez Cachero: « <i>La crítica literaria de Clarín</i> »	805
— Carmen Bobes: <i>Tiempo y espacio en «La Regenta»</i>	810
— Víctor García de la Concha: « <i>Clarín y la modernidad</i> »	820
— Victoriano Rivas: « <i>Me nacieron en Zamora</i> »	825
— José Girón Garrote: <i>La política española en la época de «Clarín»</i> ..	839

ACTIVIDADES
Y
CONFERENCIAS
1985

PRESENTACION

Desde los días 29 del mes de abril al 4 de mayo de 1985, se desarrolló este ciclo de conferencias sobre la España del siglo XX, en el Paraninfo del Colegio Universitario de Zamora.

Producto del esfuerzo conjunto del Instituto de Estudios Zamoranos, Colegio Universitario y Caja de Ahorros Provincial, el ciclo es una manera eficaz de divulgar nuestra historia contemporánea entre el público zamorano, con la intención, además, de presentar a los más destacados especialistas en cada uno de los temas tratados.

En el ánimo de los organizadores habita la idea de la continuidad en esta tarea. El éxito de público y la calidad de las intervenciones así lo hace necesario.

En este ANUARIO se incluyen las intervenciones de los profesores don Vicente Palacio Atard, don Javier Tussell y don Julio Aróstegui. Por razones ajenas a la voluntad del Instituto nos ha sido imposible incluir las conferencias de don Manuel Espadas y don Juan Pablo Fusi. Pese a estas notables ausencias, esperamos contribuir con este breve pero sustancioso testimonio al conocimiento de los hechos recientes de nuestra historia para cimentar la comprensión y el compromiso del diálogo entre los españoles.

«LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA»

JULIO AROSTEGUI

CONFERENCIA

Queridos amigos:

Hace pocas semanas, un periódico de Madrid publicaba la noticia de la presentación de un vídeo sobre la Guerra Civil Española, vídeo hecho en Inglaterra y cuya presentación se acompañaba de un chiste gráfico en el que dos muñecos tenían el siguiente diálogo: decía uno de ellos al otro: «de nuevo nos van a contar la Guerra Civil», y el de enfrente respondía: «¿Ah, sí! ¿Y quién la va a ganar esta vez? Independientemente de la gracia, poca o mucha, que esto tenga, y de la evidente mala intención política que tiene, me parece muy significativo, enormemente significativo, de uno o de los principales problemas que afectan al tema de la Guerra Civil española de 1936-1939 en este momento.

Me lo parece todo ello, tanto el vídeo como el chiste, primero, porque se trata de un vídeo *naturalmente* inglés, y en segundo lugar, porque el chiste se publicaba en un periódico, cuya cabecera tampoco viene al caso, nada progresista. En tercer lugar, porque hablaba de contar la guerra una vez más. En cuarto, porque, como decía el muñeco que respondía, seguimos sin saber quien ganó la guerra. De modo que, por tales razones, me parece este episodio toda una antología de ciertos problemas que siguen estando vivos en este momento, acerca del tema que me toca tratar esta tarde.

Aún a riesgo de que lo que yo diga pueda sonar a un sermón más sobre la guerra, no cabe duda de que es muy de agradecer, primero, la amable invitación del Instituto de Estudios Zamoranos y de este Colegio a hablar sobre el asunto y, en segundo lugar, ¿por qué no?, también es una ocasión de agradecer que la inasistencia de Lord Hugh Thomas me permita a mí exponer lo que opino. Siempre es preferible exponer lo que opina uno.

Parece que a nadie le cabe duda de que la Guerra Civil española del 36-39 es un tema que sigue siendo de los que podríamos llamar *calientes* de la historia reciente de este país. Tengo la impresión de que cualquier otro conferenciante, sobre asuntos referentes a la historia española del siglo XX, tendrían quizás menos problemas, tendría que adoptar menos cautelas, que las que en este tema deben ser adoptadas, a mi juicio. Incluso cuando se habla de algo más reciente, como es el régimen del General Franco. Creo que el tema de la guerra sigue todavía despertando más pasiones que, incluso, el tema del régimen a que dio lugar esta guerra.

No hay otro asunto del siglo XX español, hasta el momento, que haya dejado una memoria tan precisa, tan grabada, tan pasional, tan polémica. Ni acontecimientos verdaderamente importantes, como la guerra de 1989 que hizo que este país quedara relegado definitivamente a potencia de segundo orden, Ni problemas como los de 1917, saldados con sangre y que efectivamente mostraban cuan honda división había entre los grupos y las clases del país. Ni siquiera este otro problema que tanto ardor levantó en su momento: la revolución, la insurrección de los mineros asturianos del año 1934, tan cercana por otra parte al problema que traemos aquí esta tarde, Es decir, no hay otro asunto histórico español reciente que haya despertado en su

momento tanta pasión, tanto interés, no sólo a nivel del país, como Vds. saben, sino también fuera de él, como éste de la guerra.

Estamos a casi 50 años del comienzo del acontecimiento histórico del que hablamos. Parece absolutamente indicado que a los 50 años, cuando naturalmente la población de este país es mayoritariamente aquella que no vivió el problema, intentamos empezar a ponernos de acuerdo. Ahora bien, ponernos de acuerdo en que estamos de acuerdo sobre la guerra seguramente no será posible. Pero sería muy importante que empezáramos a intentar ponernos de acuerdo en dejar de utilizar el tema de la Guerra Civil como bandera, como soflama, para intentar que pase a la memoria, que pase a nuestras cabezas, como lección y no, insisto, como banderín de enganche de ningún planteamiento. ¿Por qué, como digo, la Guerra Civil y la prueba están en lo que ha ocurrido en estos años pasados, sigue apareciendo como un problema vivo, al menos a ciertos niveles y al menos para ciertas cosas? El asunto merece la pena una pequeña reflexión puesto que no es, como Vds. saben bien, la única guerra civil que este país ha sufrido.

Por otra parte, está bien claro que tampoco somos nada excepcionales, porque el hecho es que, en lo que llamamos en medios académicos la «Edad Contemporánea», ha habido otras guerras civiles. Este no es un caso español de ninguna manera, sino que éste es un caso que afecta a otros muchos países de nuestra misma área geopolítica. Hubo guerras en el siglo XIX sangrientas, donde se discutían cosas importantes y decisivas: las guerras carlistas. Ninguna de ellas dejó una tan persistente memoria como la que deja la del 36-39. ¿Por qué, pues, este problema, y a los 50 años de su inicio?.

Bien, algunas de las razones son absolutamente obvias; es decir, la guerra del 36-39 produjo una tragedia demográfica, una tragedia ideológica, una ruptura ideológica perdurable, una ruptura cultural, religiosa, si quieren, de modo que por ahí es fácil entender la persistencia histórica del problema. Hay otra segunda razón no menos obvia: la Guerra Civil española fue un acontecimiento de nuestra historia nacional ha tenido, hasta el punto de que es corriente hablar de la guerra del 36-39 como la *Guerra de España*, y no la Guerra Civil.

Un amigo carlista, rotundo carlista, me daba una explicación anecdótica pero muy interesante del hecho: ¿Por qué decir Guerra de España y no Guerra Civil? La explicación parece ser muy común. Porque esto no fue una guerra entre españoles, sino porque aquí definitivamente vino a plantearse un problema, a discutirse un problema a escala mucho mayor que la española. Y en este sentido, decía este hombre, se diferenciaría esta guerra de las del siglo XIX. Esto es interesante aunque no sea más que porque resulta ser el planteamiento, muchas veces puramente intuitivo, que se hace la gente que vivió la guerra. Que era algo más que un problema del país. En definitiva habría que coincidir, juzgo, en que la memoria de la Guerra Civil ha permanecido viva durante muchos años porque ella, como es bien sabido, dio lugar a un régimen político, a una situación social muy concreta y muy persistente.

Sin embargo, a pesar de ello, yo me atrevería a proponer una explicación quizás más sutil, pero que no deja de explicar menos. Me da la impresión de que en gran manera el tema de la Guerra Civil ha seguido coleando hasta hoy porque la memoria del acontecimiento se basa en un extraordinario mito, en una extraordinaria exageración y en una extraordinaria, y esto es lo más decisivo, mentira, en definitiva. Digo mentira con todo el ánimo de provocar la reflexión de mis amables oyentes. Una enorme mentira en los testimoniantes. No sabemos, si nos atenemos a los testimonios de quienes hicieron la guerra, qué es lo que de verdad allí ocurrió.

Esto, dicho así, tiene ciertos perfiles maximalistas que conviene en todo caso matizar. ¿Nadie ha dicho la verdad? Sí, parece ser que alguno sí, pero ¿se ha escuchado a quienes parecen decir la verdad? De ninguna manera. Yo creo que los protagonistas, hasta hoy, y ya es demasiado tarde, no han dicho enteramente la verdad. Cabría preguntarse si realmente ellos lo sabían. ¿Por qué fueron a la guerra? Y habría que ser piadosos en la respuesta: quizás no lo sabían. La verdad es ésta: cuando se va a una guerra, se sabe mucho más aquello contra lo que se lucha que aquello que realmente se quiere proponer. Ello parece ser un fenómeno psicológico normal. Sabemos a quién nos oponemos mucho más que a quién proponemos.

Y que yo diga que sobre la guerra se ha mentido no debe tenerse por afirmación gratuita. Seguramente a casi todos Vds. les suenan explicaciones como éstas: «*Nuestra guerra*», decía un personaje muy conocido y muy importante, «*no es una Guerra Civil, una guerra de partido, una guerra de pronunciamiento, sino una Cruzada de los hombres que creen en Dios, en el ideal, en el sacrificio, que luchan contra los hombres sin fé, sin moral, sin nobleza*». Francisco Franco en noviembre de 1937, He aquí otra: «*Si la contienda actual aparece como una guerra puramente civil, porque es en el suelo español y por los mismos españoles donde se sostiene la lucha, en el fondo debe reconocerse en ella un espíritu de verdadera cruzada, en pro de la religión católica*». El Cardenal Gomá en diciembre de 1936. «*El alzamiento nacional*», dice otra fuente, «*resultaba inevitable, y surgió como razón suprema de un pueblo en riesgo de aniquilamiento, anticipándose a la dictadura comunista que amenazaba de manera inminente*». Esto lo dice el prólogo de la *Causa General* que se planteó contra la República al final de la guerra.

Sería inútil multiplicar este tipo de testimonios. He aquí otros: «*La guerra iniciada en España en 1936 con la sublevación militar fascista desbordaba los marcos específicos de una guerra civil para convertirse en una guerra nacional revolucionaria contra el fascismo indígena y extranjero*». Dolores Ibárruri, Pasionaria. «*Los militares sólo se sublevaron guiados por una ambición personal contra los aspectos sociales no técnicos de la Ley Azaña, contra las limitaciones a sus carreras africanas*». Jesús Pérez Salas, uno de los principales militares de la República. Hace mucho tiempo que sabemos que nada de esto es cierto. Hoy todavía se escriben y se pronuncian juicios como éstos. La verdad de la guerra permanece todavía hoy bajo una inmensa nube de testimonios, de publicaciones, de vídeos que siguen haciendo hagiografía, propaganda, que siguen planteando exculpaciones, que siguen acusando a unos y a otros.

Mientras tanto, los archivos donde están los materiales, las fuentes más cristalinas sobre el tema de la guerra siguen sin estar explorados en su mayor parte. Sería seguramente muy interesante, antes que hablar de la guerra, hablar de la Historia de las historias de la guerra, porque es este asunto casi tan aleccionador como el otro. Por supuesto, ni yo tendría tiempo de ello, ni tal vez la competencia suficiente, ni la paciencia de Vds. merece ser sometida a tal suplicio.

Haré simplemente unas pequeñísimas observaciones sobre el asunto. Las historias serias de la guerra se han empezado a escribir en los años sesenta, es decir, veintitantos años después de terminarse. Y se ha empezado a escribir historias serias para extranjeros, por Lord Hugh Thomas entre ellos, uno de los primeros. Por Broné, por Jackson. El régimen de Franco hizo un extraordinario servicio a estos extranjeros: el de prohibir la difusión de sus obras en España, de forma que muchos aprendimos la guerra en estas obras, y cuando hemos sabido un poquito más, nos hemos dado cuenta de cuánto hay en ellas de inservible. Así son las cosas. Pero así eran las cosas en los años sesenta. Los españoles no hemos podido hacer la historia de la guerra. Los de aquí porque no nos dejaban. Los de fuera porque estaban fuera. Por eso, creo que en los años ochenta, a 50 años vista del problema, ya no tenemos justificación ninguna para no intentar, como dije antes, ponernos de acuerdo. Ponernos de acuerdo en que ahora no hay nadie que nos impida entender la guerra. Ni siquiera los protagonistas, aunque naturalmente no quiero ofender a los protagonistas.

Pero creo que sé lo que digo, y creo que Vds. me entienden: ni siquiera los protagonistas pueden impedirnos que empecemos a entender cosas que antes no nos han dejado entender. Ahora podemos investigar en libertad y decir lo que nos apetezca, aunque nos equivoquemos, en libertad. Por eso creo que no está de más un sermón más sobre la guerra. Los sermones sobre la guerra de los años ochenta no pueden ser los sermones que podría plantear aquí Lord Hugh Thomas, con todos mis respetos, son otro tipo de sermones, y son sermones en libertad, mucho menos comprometidos, con mucho menos que acusar, y con muchas más ganas de entender. Vds. me perdonarán este exordio, quizás apasionado también, sobre qué es realmente lo que nos jugamos en esto, pero me parecía inevitable porque es ahora, justamente, ahora en este momento, cuando creo que podemos empezar a hablar de guerra porque, si me he conseguido explicar, se puede entender bien de qué pienso que estamos hablando. Evidentemente sería pueril pretender contarles a Vds. la guerra otra vez, y seguramente a muchos de Vds. les sonará ya a historia repetida.

Yo lamento que no esté aquí el General Salas Larrazabal, uno de nuestros más interesantes y mejores conocedores del tema militar de la guerra. Esto se lo diría a él directamente, es decir, la guerra militarmente poco nos puede enseñar. Es verdad que no se puede caer en la falacia de pensar que una guerra puede explicarse sin hablar de la guerra. En la guerra lo que hay es guerra, es decir, en la guerra lo que hay son armas. Pero tampoco puede dejar de pensarse que en definitiva lo que quedan no son las armas. Lo que queda es la gente que sufrió o que hizo la guerra, la gente que la ha guardado en la memoria. Creo por tanto que hay, en el tiempo que nos resta, dos

temas que son, a mi juicio, inexcusables, y que son los que yo querría tratar de una manera un poquito más detenida y casi exclusivamente en esta oportunidad que me dan Vds.

¿POR QUE LA GUERRA CIVIL?

El primero de estos temas es algo que, por tener tantas respuestas, sigue estando vivo. Es decir, ¿por qué la Guerra Civil? ¿Por qué? Dire de entrada que naturalmente la Guerra Civil es la situación límite de un conflicto entre hombres, que es viejo, profundo y sin duda motivado. No hay conflictos estériles. Los conflictos además tienen en su función. No hay sociedad sin conflictos. Pero ¿por qué una sociedad llega en este conflicto al límite de la escisión, que pone a sus hombres en el disparadero de enfrentarse con las armas? El problema no es *las causas* de la guerra, dicho en sentido estricto. El asunto sólo puede entenderse si conseguimos entender qué sociedad es la que sufre este tipo de conflicto. La pregunta de por qué la guerra seguirá teniendo, ha tenido y tiene múltiples respuestas. Sin embargo, el único camino para que estas respuestas no sean tópicas es entender a la gente que hubo de sufrir el problema. Este, por tanto, me parece el primer tema inexcusable.

El segundo es otra cuestión también inexcusable y no menos fácil o no menos difícil de plantear: ¿cómo vivió aquel pueblo la guerra? Y cómo la vivió en el sentido de cuál creía aquella sociedad que era el final adecuado, el final que satisfacía las exigencias de uno y otro bando al final del conflicto. Porque, lo he dicho antes, el final del conflicto tiene tanta importancia como la que le da el haberse creado sobre este problema una situación absolutamente nueva en el país, y cuya desembocadura en definitiva ha sido también nueva. Abordemos, si les parece, cada uno de estos extremos de la manera más desepasionada, más distanciada, y aunque esto les pueda parecer a Vds. tedioso, de la manera también más profunda, más en su raíz en que pueda entenderse a mi juicio.

Normalmente, para atacar el primero de estos asuntos se comete el error casi siempre de pensar que la Guerra Civil comenzada el 18 de julio de 1936 es un problema estrechamente ligado a la situación planteada en España por lo que se llamó, como Vds. saben bien, el Frente Popular, es decir, por la situación planteada con el triunfo en las urnas de una coalición electoral de partidos de izquierda que, de manera que se discutió también en su tiempo y se ha discutido después mucho también, ganó apretadamente unas elecciones. Y sabemos bien que entre febrero y julio de 1936 se da una situación social y política verdaderamente grave. Nadie dejaría de calificar aquello de grave.

Sin embargo, el primer error, a mi juicio, es creer que la guerra procede justamente de un problema que en definitiva duró cinco meses. ¿Es que en España no ha habido más conflictos que el que plantea el Frente Popular? En absoluto. ¿Que una guerra civil se plantea sencillamente porque un grupo de notables militares conspiran contra el régimen? Tampoco. En definitiva, lo que hay que dejar bien claro es que el conflicto que se va a dirimir con las armas, escindiendo al país, tiene unos orígenes mucho más antiguos y mucho más profundos que un simple desgobierno. Y pongo

énfasis en la palabra *desgobierno* porque éste fue el primer argumento empleado por los insurgentes contra la República como argumentación de su insurgencia, el desgobierno.

Bien, en realidad esto hay que verlo de otra manera. Como digo, lo que en la España de los años treinta hay sobre el tapete es precisamente la disolución, la ruptura de una situación social, de un tipo de sociedad y de un tipo de régimen que se había creado muchos años antes. La había creado en concreto Antonio Cánovas del Castillo y se llamó, como saben, el régimen de la Restauración, en cuya segunda fase el monarca será Alfonso XIII, y que, sin necesidad de exponer esto en todos sus extremos, había creado un tipo de sociedad específico, con un país que dominan los grandes propietarios agrarios, con una Monarquía apoyada, como quedó claro a lo largo de estos primeros 30 años del siglo, en dos notables fuerzas institucionales e ideológicas: la Iglesia y el Ejército. La Monarquía permitió indudablemente el progreso en la situación material del país, pero era siempre un progreso sometido a unos límites estrictos, que eran lo que marcaba este dominio al que cabe llamar oligárquico. Este dominio de unos pocos sobre el resto del país, insisto, durante los primeros 30 años del siglo se va a desenvolver sin graves alteraciones, salvo éstas que voy a comentar de inmediato. Una, los sucesos de 1917, la primera gran huelga general revolucionaria en España en el siglo XX. El desafío que al régimen plantea un sector del Ejército, el desafío que igualmente le plantea el mundo parlamentario cuando los parlamentarios catalanes se reúnen, a pesar de estar cerradas las Cortes, por su cuenta, y plantean la necesidad de que el régimen se reforme. Por lo pronto, de que se abran las Cortes, y en Segundo lugar que se reformen constitucionalmente.

Bien, los sucesos de 1917, digo, muy conocidos por cualquier escolar que trate la historia de España del siglo XX, son un punto crucial y lamento tener que retroceder tanto para explicar correctamente el asunto. Son un precedente, digo, de lo que esté en el fondo de la cuestión. Este sistema creado por Antonio Cánovas del Castillo va a tener su primera ruptura, su primera llamada de atención importante acerca de las dificultades de su planteamiento en el año 1917, pero en función justamente de un problema que desborda al país, el problema de la Primera Guerra Mundial. Sin que España haya participado en la guerra, está cada día más claro que las implicaciones de tal conflicto sobre la sociedad del país fueron absolutamente decisivas. Para referirme a un aspecto únicamente del problema diré que lo que en 1917 quedó claro es algo que las clases privilegiadas nunca han entendido del todo, y es que el exceso de acumulación de riqueza en definitiva se acaba volviendo contra ellas. En 1917 había, entre otras muchas cosas, el problema de unos precios que suben sin parar, de unos salarios que no les siguen, de un empeoramiento de las condiciones de vida del proletariado, de un Ejército disconforme, entre otras por razones salariales, y de unos parlamentarios progresistas que opinan que, en el contexto del régimen es imposible dar soluciones a estos problemas. Bien, en 1917, a mi juicio, empieza la quiebra que nos ha de llevar al enfrentamiento armado final.

¿Cómo es tan antiguo esto? Pues tan antiguo que nadie llega a las armas antes de haber intentado otra serie de soluciones. Esto tampoco es decir tanto: son 20 años,

de diferencia con el comienzo del conflicto armado, en los que se han ido fraguando distintas soluciones, sin que ninguna de ellas llegue realmente a aportar un enderezamiento de la situación social y política del país. Convendría algún detalle más sobre el asunto. Cuando en 1923 se intenta la solución dictatorial, la dictadura de Primo de Rivera, es evidente que se está buscando una solución a la crisis, que se ha solido entender generalmente como una solución de contención, es decir, una dictadura militar, hemos venido intepretando, y así lo interpretó mucha gente también, puede detener los más urgentes problemas que la sociedad tiene: el del orden público, que tanto preocupa siempre a los que mandan, el problema de un desarreglo importante en las relaciones laborales, que se piensa que está en función de la demanda o el desmadre de la clase obrera, cada vez, no diría yo más fuerte, pero sí más encuadrada en sus propias organizaciones. La Dictadura se piensa así que sería un paréntesis en la solución de la monarquía de Alfonso XIII. Yo creo que esto es un error.

La Dictadura es más bien o lo fue, lo acabó siendo, una solución *liquidacionista* del régimen. Quiero decirles que liquidacionista en el sentido de que a donde la Dictadura irá en definitiva es a encontrar otro tipo de régimen. Piensen Vds. que el dictador y sus apoyos acabarán buscando una nueva Constitución, acabarán buscando crear un partido único, crear un nuevo sistema de relaciones laborales, y para ello van a contar con un sector importante del movimiento obrero; con todo el sector de tradición socialista-uguetista. En definitiva, la Dictadura habría que verla de esta otra manera: es un paso más en la disolución de la Monarquía liberal, y no precisamente un intento de mantenerla. En todo caso, está claro que Primo de Rivera nunca pensó en derribar la Monarquía, pero también está claro que muchos de estos apoyos de la Dictadura eran perfectamente conscientes de que un nuevo régimen era incompatible con el mantenimiento de la monarquía liberal borbónica.

De modo que no es extraño que, a medida que transcurren los años veinte, el mantenimiento de un régimen liberal parlamentario bajo Alfonso XIII resulte cada vez más problemático. Los problemas sociales han acabado poniendo en grave peligro el régimen, y no apuntándolo, como en principio podría pensarse. Convendría por último hacer una observación más sobre la situación y convendría hacerla porque nos vamos a encontrar aquí con uno de los actores tenidos por clave en el problema. Me refiero al Ejército. El Ejército, desde la creación de las Juntas de Defensa en 1917, por los menos, suele ser tenido como el gran instrumento, el gran apoyo de la situación existente de este régimen de enormes diferencias sociales entre quienes dominan y son dominados: el Ejército que fue el represor de la huelga revolucionaria de 1917. El Ejército al que se le está pidiendo que instaure la dictadura entre 1917 y 1923, y el Ejército que en definitiva acaba instaurándola, a través del Capitán General Primo de Rivera. Digo que se le suele tener como el principal apoyo de la situación. Creo que esto podría verse de otra manera. Lo que de verdad ocurre es quela dictadura de Primo de Rivera, y las Juntas de Defensa antes, han introducido algo nuevo, algo nuevo que ha durado 20 años: una profunda división en el seno del Ejército.

No todo el Ejército estuvo con el General Primo de Rivera. Y es más: cuando la solución republicana venga a materializarse, está claro que se hizo en parte con el apoyo del Ejército, y en parte con su inhibición. Si el Ejército hubiera sido monolíticamente el apoyo del régimen existente, es difícil pensar que la República pudiera haber sido instaurada, e instaurada de la forma que se hizo, sin sangre y con alegría popular, como sabemos por la mayor parte de los testigos. A mi juicio tenemos aquí fundamentalmente los elementos del drama que se va a desarrollar en los años treinta.

Instaurada la República el 14 de abril de 1931, insisto, con el Ejército como árbitro, porque tanto los mantenedores de la Monarquía como sus enemigos van a pensar y a pedir que el Ejército sea árbitro del problema, he aquí que al comienzo de los años treinta, la posición del Ejército debe entenderse en este sentido arbitral puesto que si no, no se entendería la evolución posterior, algo que no es nuevo en la historia del país: que el Ejército sea árbitro. Algo que no puede olvidarse, si quiere entenderse por qué los conflictos del año 30 desembocan en una sublevación militar.

El Ejército ha sido llamado a resolver problemas desde hace muchos años. ¿Es esto una debilidad de la sociedad civil española? ¿Es, por el contrario, una hipertrofia de lo Militar? Ese es otro problema, problema discutible en todo caso, pero que nos sacaría ahora mismo del que nos ocupa centralmente. Me parece que el hecho es éste: el Ejército tendrá, en uno u otro sentido, un protagonismo inevitable, y además más llamativo aún por cuanto un sector de la clase obrera, al comienzo de los años treinta, estará justamente en que sin Ejército no es posible cambiar el sistema social del país, de modo que la idea de que ha sido siempre sostenedor de las clases privilegiadas es una idea que debe, cuando menos, matizarse. Y el problema lleva a la eliminación del régimen político que había sido la cobertura de un sistema, insisto, social realmente no sólo injusto, esto no sería decir mucho, sino arcaico, que se ha quedado antiguo.

A partir de 1931, se van a hipertrofiar, a desarrollar sin freno, problemas que son anteriores, pero que ahora se va a intentar poner en un nuevo contexto, en un contexto de solución en algunos casos, en un contexto de resistencia en otros. Los enumero muy brevemente. Así los viejos problemas que en los años treinta van a discutirse son tanto el de la propiedad de la tierra, que es central, como el de la regulación de las relaciones laborales, lo que equivale a discutir cuál es el sistema capitalista que debe funcionar, o en su caso, si debe mantenerse el sistema capitalista o no. Vds. saben que ésta es una de las cosas fundamentales que se discute en los años treinta. ¿Qué va a pasar con la tierra de la que disfrutaban unos pocos?, ¿qué va a pasar con el reparto del excedente de riqueza en otros sectores que no son la tierra?, ¿quién va a mandar en el Estado?, ¿quién va a tener el aparato, el instrumento estatal en sus manos?. Hasta entonces lo ha tenido esa oligarquía. Ahora se discutirá el poder de esa oligarquía. Y ¿quién, en definitiva, va a controlar los aparatos que suelen llamarse aparatos de hegemonía? ¿Qué va a pasar con el tema educativo? ¿Y con el tema de quién imparte aquí las ideas dominantes? ¿va a ser la Iglesia la que siga dando su ortodoxia ideológica en el país, o no va a ser la Iglesia? Por último, este instru-

mento, cuyas características he intentado definir, el Ejército, ¿va a resolver el problema de su división, de su apoyo al viejo régimen, o en todo caso, el problema de si es partidario de un nuevo régimen o no?.

Creo que en el año 31 esto era lo que había, y no es poco decir. Qué duda cabe que si el tiempo nos lo permitiera sería muy importante no andarse con generalidades y decir: el país que tenemos es éste. Veintitrés millones de personas, de las cuales una parte indudablemente inferior a la de los países del contorno es la población activa, una población activa baja. Trabaja poca gente. Y esta población activa sigue siendo esencialmente agraria. Tenemos por otra parte, entre los detalles significativos, un país con enormes contrastes, más aún que los que tiene hoy. Hay zonas del país ricas y zonas del país extremadamente pobres, con mayor diferencia de las que hay hoy. Hay, por otra parte, algo que es fundamental: una escasa burguesía ciudadana, una escasa masa de población dispuesta a modernizar el país y, trágicamente, hay importantes líderes dispuestos a hacerlo. Sin embargo, son líderes con escasas masas que les sigan. Me estoy refiriendo a los republicanos en concreto.

El problema, yo diría, es tan sencillo como éste: ¿quién manda aquí? Puesto que los que mandaban están desunidos. No han conseguido mantener el sistema de mando que tenían. Por aquí vamos a llegar a la Guerra Civil, puesto que a la pregunta quién manda aquí, nadie está dispuesto, por supuesto, a responder con un «yo» sin matizaciones, y además de que nadie está dispuesto a responder con un «yo», es muy difícil que este «yo» sea aceptado. Pero, ¿quiénes son los que dicen que pueden mandar? Bien, no es nada ni nuevo ni insólito lo que se desprende de esto. Quién manda aquí es una pregunta que se hace en Francia, que se hace en Alemania, que se hace en Inglaterra, en estos mismos años. ¿Quién manda aquí? Es decir, para abreviar, ¿a través de la democracia parlamentaria?, ¿a través del fascismo?, ¿a través del socialismo?. Estos son los tres instrumentos posibles para responder a esa pregunta, porque a través de cada una de esas vías intenta mandar alguien.

La democracia parlamentaria. En su nombre, algunos fueron los primeros que dijeron que mandaban o que creían mandar. Ahí está Don Niceto Alcalá Zamora y su burguesía reformista democrática. Esta burguesía reformista va a contar, como es bien sabido, con el apoyo, con la participación, y una participación que no se logró sin problemas, de la parte del movimiento obrero controlada por el socialismo tradicional, que va a estar dispuesta a ir a la aventura reformista. Esta es una de las vías posibles, y la vía que acabará triunfando en algunos países europeos.

Hay otra vía que es el fascismo, es decir, el viejo bloque de poder se va a reconvertir hacia un sistema de mando totalitario con fuertes implicaciones nacionalista, con un discurso verbal, con un estilo que dicen ellos *moderno*. Prometen el fin de la lucha de clases, prometen el fin del capitalismo más monstruoso, prometen la grandeza imperial, prometen la expansión territorial. Este es el fascismo a escala europea. Bien, esto era otra posibilidad en este país, ¿pero qué ocurrió con el fascismo español en los años treinta? Pues sencillamente que fracasó. En España no hubo un verdadero partido fascista de masas. Nunca hubo un fascismo de masas antes de la guerra capaz de haber impuesto sus soluciones, como se impusieron en

Italia, o como se impusieron en Alemania. De modo que la segunda experiencia fue, y conviene destacarlo así, una posibilidad frustrada en relación con el habernos ahorrado la guerra, sin juzgar para nada de la ética o de la justicia histórica de un régimen fascista. Quiero decir que un triunfo del fascismo nos habría ahorrado la guerra.

Y ahora está la tercera solución, y posiblemente la más problemática. No cabe duda de que el proletariado español de los años treinta aporta algunas novedades a la historia de este país que sería inútil desconocer. Novedades en cuanto a la fortaleza de sus organizaciones, en cuanto a la incorporación del campesinado de manera plena y también en cuanto al desarrollo de corrientes de gran fuerza revolucionaria.

Bien, una cualquiera de estas soluciones habría ahorrado la guerra. El triunfo del reformismo parlamentario, el triunfo de la fascistización, el triunfo de la revolución socialista. Ninguna de estas tres cosas implica necesariamente violencia descarnada, ni implica la guerra civil. De ello tenemos ejemplos conocidos. Sin embargo, el hecho es que ninguna de estas tres posiciones tuvo la fuerza suficiente para recomponer un sistema de dominación que sustituyera al viejo sistema oligárquico-agrario, que había mantenido a la monarquía borbónica.

El viejo bloque dominante, y es quizás el detalle que falta, que en otros países fue fascistizado, en éste nuestro fue hegemonizado por una fuerza como CEDA, la Confederación Española de Derechas Autónomas, capitaneada por don José María Gil Robles, a quien se tachó de fascista durante todos los años treinta sin tregua, por las restantes fuerzas, y sobre todo por las restantes fuerzas obreristas. Sin embargo, don José María Gil Robles y CEDA distaban mucho de representar el fascismo. Hay que reconocer que la CEDA fue uno de los importantes partidos de masas de los años treinta, pero, sin embargo, su doctrina no era la doctrina del fascismo. Su doctrina era justamente un compendio de la vieja cultura católico-agraria, de las viejas tradiciones recogidas del siglo XIX contrarrevolucionarias, pero sin ningún sentido modernizador. Ahí está la actitud de la CEDA ante la reforma agraria, salvo algún personaje del partido que ve las cosas de otra manera. Me refiero al muy conocido ejemplo del profesor Jiménez Fernández cuando intentó responder a la reforma agraria de cuño republicano con algo verdaderamente sensato, y el partido mismo se lo impidió.

El problema, digo, y voy a llevar las cosas por otro sitio, es que este partido de masas, que podría haber representado la estabilización, el acopio a la República de la experiencia democrática de la gran masa agraria del país, de la gran masa agraria no proletaria, se nega siempre a reconocer al régimen republicano como algo definitivo. D. José María Gil Robles y la CEDA nos mostraron que a ellos les interesara especialmente el tipo de régimen político, es decir, eran los *accidentalista*. Les daba igual la Monarquía que la República. Entonces resulta que la República no tuvo una derecha republicana. De ahí que, cuando se dice, como se ha dicho muchas veces, que la escisión en el movimiento obrero, en concreto en el PSOE, fue una de las causas de la guerra, haya que no perder de vista nunca que, el hecho de que la derecha no hubiera reconocido el régimen republicano, tiene tanta importancia en los orígenes de la guerra como este otro hecho al que suele aludirse.

Visto, pues, y estamos en los umbrales del drama, que los problemas del país no se pueden resolver por ninguna de las tres vías en que en Europa se habían sucedido, aquí vamos a enfrentarnos con una solución, por una parte vieja, y por otra nueva, la solución de que el viejo árbitro, es decir, el Ejército tome en sus manos el poder. Y ahora sí que tiene sentido preguntar por qué la conspiración militar empieza a gestarse en el mismo momento en que el Frente Popular triunfa, y por qué esta conspiración militar va justamente a actuar en favor, aunque no digo yo en connivencia —en connivencia absoluta—, en favor de una de estas tres soluciones: de aquella que permite la continuidad de las viejas estructuras que evidentemente los grupos dominantes en la República habían sido incapaces de reformar.

El Ejército va a actuar en el sentido, ahora sí, de promover el apoyo al viejo bloque de poder, que en definitiva representa la CEDA, y que no habrá reconocido a la República. Digo que representa sus intereses, aunque tal vez no su connivencia, porque, desde luego, esté por ver todavía hasta qué punto el Ejército no actúa corporativamente como una fuerza que tiene su propia solución, independientemente de los grupos políticos que le apoyan. Me esto refiriendo a un caso concreto, y a un caso que parece aclarar esto: cómo los propios militares que se sublevan no tienen una idea clara, en el momento de la sublevación, de cuál es el régimen político alternativo frente a la República. Esto será una cuestión a la que después tendremos que dedicar alguna atención, aunque sea breve. De forma que la Guerra Civil viene a producirse, recopilando brevemente el problema, *porque ninguna de las fuerzas que en Europa tuvieron vigencia en el momento es capaz aquí de encontrar un nuevo sistema de estabilización social*. Y se produce porque este viejo árbitro, que digo que era el Ejército, no habrá perdido, por decirlo de forma coloquial, la costumbre de actuar como árbitro.

Entonces, en el planteamiento de soluciones drásticas, ellos entenderán que a quien hay que oponerse es a una situación evidentemente peligrosa para las clases dominantes, como es el Frente Popular, pero sin tampoco intentar ir más allá. Observen Vds. que el Ejército pensaba en una solución provisional, al menos en sus más importantes representantes. Es decir, ni ellos pensaron nunca que esto podría acabar en Guerra Civil, ni, si lo hubieran pensado —aunque en historia hablar de «lo que hubiera ocurrido si...», es siempre una necedad—, no podemos o no tenemos por qué privarnos de pensar que ellos no hubieran provocado una guerra civil a sabiendas, sino que estaban convencidos de que un pronunciamiento como el planteado era capaz de resolver los problemas mediante una situación transitoria, como planteó Primo de Rivera en principio. No era, por tanto, como Vds. ven, el problema del Frente Popular sino el viejo problema de quiénes van a ser los que manden, y quiénes van a ser los que obedezcan.

Abreviando diré que la guerra no hace sino prolongar este proceso. El 18 de julio no es una solución de continuidad en un viejo conflicto. Los dos primeros meses, es decir, entre el 18 de julio de 1936 y el mes de septiembre de 1936, fueron decisivos para el resultado final. Decisivos porque en ellos el proceso continuó, pero a la altura de septiembre pudo ver todo el mundo que ya no había resolución con los viejos sistemas en los que se pensaba. Me explico muy brevemente.

Aún si los levantados contra la República dicen, como Vds. han visto, al leerles las citas anteriores, que amenaza una revolución comunista (lo cual es completamente falso) la verdad es que fue el levantamiento y su fracaso, el que desencadenó la revolución, pero no comunista, cómo decían ellos, sino que diríamos la revolución proletaria en su conjunto. Indudablemente una revolución en la que el anarco-sindicalismo, y no el comunismo, será justamente hegemónico. No cabe duda de que en el mes de agosto, de septiembre, y no pararon ahí las cosas, pero sobre todo en estos dos meses, en la República se va a producir un verdadero proceso revolucionario, aquello que los militares querían, o decían que querían, evitar.

El intento de derribar la República por la violencia fue efectivamente lo que desató cualquier limitación táctica de las organizaciones del movimiento obrero y del proletariado sin organizar para lanzarse al derribo del sistema capitalista que era lo que, a través de lo que ellos llamaban el alzamiento fascista, estaba claro que quería mantenerse. De modo que este fenómeno no se explicaría si no es porque naturalmente hay un conflicto hondo y unos proyectos anteriores. Pero no llegaron en absoluto a materializarse sino en función del alzamiento. Cuando Largo Caballero se haga cargo del poder el 4 de septiembre de 1936 en el bando republicano, va a empezar una experiencia completamente nueva: la experiencia de intentar contener esa revolución del proletariado en unos términos aceptables para la burguesía reformista y aceptables también, y esto es muy importante, para el contexto internacional de la época. En el bando contrario, saben Vds. que hasta finales del mes de septiembre no se llega a la primera concreción instrumental importante, es decir, la de establecer un mando único, en este caso el mando del General Franco, como saben bien, y la de empezar a formular los primeros objetivos, a la vista de que el pronunciamiento ha fracasado, y de que ya el conflicto no tiene, como les decía, resolución por ninguna de las vías políticas habituales: por la vía parlamentaria o incluso por la vía de un estado totalitario, ganado por vía electoral como es el caso fascista.

A finales de septiembre, todo el mundo está convencido de que el problema tiene que dirimirse por las armas. Por ello, mientras Largo Caballero intenta reunir a todos los grupos reformistas, bien burgueses, bien proletarios, en torno a un gobierno que continúe el Frente Popular, los militares no tienen más remedio que establecer un mando único y empezar a legislar seriamente. Empezar a legislar en temas como el agrario, como el industrial, como el cultural, que saben que son justamente los que pueden atraerles a ciertas masas del país. Bien, éste fue un momento importante. El otro, como es bien sabido, fue cuando, a la altura de mayo de 1937, cuando se llevan ya varios meses de guerra, se ve que ni siquiera la solución militar acaba de inclinar definitivamente la balanza en ninguno de los dos bandos. Entonces hay que dar un paso más en el bando republicano. Caerá Largo Caballero y empezará, muy contrariamente a lo que creyeron siempre los nacionales o nacionalistas, un proceso no más revolucionario sino menos. El gobierno de Juan Negrín o los subsiguientes gobiernos de Juan Negrín, lejos de representar, como siempre han dicho los corifeos de los insurgentes, una profundización en la sublevación, lo que significó fue, y con el apoyo

comunista justamente, un intento de detener la revolución en la República, y presentar ante el mundo el panorama de un reformismo burgués aceptable a las grandes potencias. En esto tuvieron un papel esencial los comunistas, cosa que puede parecer increíble a la vista de lo que siempre se ha dicho sobre esto, —bueno, de lo que siempre han dicho los vencedores sobre el asunto. La revolución fue detenida y ya dijo un anarco-sindicalista prominente, Federica Montseny, que en el momento en que el pueblo se dio cuenta de que si se lucha, para mantener lo existente no merecía la pena luchar.

En el bando contrario, ahora y sólo ahora es cuando los militares empezarán realmente a definir un régimen político alternativo. Ahora es cuando, mediante la *Unificación*, los militares intentarán dar un contenido político a lo que quieren como alternativa. ¿Quiere decir esto que lleguen a crear un Estado verdaderamente fascista? Hoy sabemos muy bien que nunca, nunca, el régimen del General Franco encajó en el modelo exacto de régimen fascista. Buscar una cobertura fascista era obligado en las circunstancias del momento por razones internas y por razones externas, pero por supuesto aquí siguió ocurriendo lo de siempre: los dueños del poder eran esta vieja oligarquía recompuesta y revestida de fascismo, pero nunca el verdadero fascismo en el sentido estricto del término. Ahora, teniendo que hacerles gracia a Vds. de muchas otras consideraciones que podrían plantearse en función del tiempo, estamos quizá en condiciones de poder responder muy brevemente a aquella pregunta que se hacía el muñeco del chiste «¿quién ganó la guerra?».

Bien, hay por una parte una respuesta muy obvia: la guerra la ganaron los viejos hombres que habían mantenido la Monarquía de Alfonso XIII. Es decir, el final de la guerra significó una vuelta al pasado, una vuelta a recomponer aquella vieja oligarquía anterior a la República. Bastaría con analizar cuáles son los elementos que componen la primera sociedad del franquismo. Son sus mismos apoyos ideológicos, son los terratenientes otra vez en el dominio del Estado. Y todo esto independientemente de cuáles son los nuevos ropajes, digo, que eran absolutamente inevitables. El problema es que esta recomposición de la vieja oligarquía no dio ni siquiera opción a que los antiguos dominados pudieran participar del régimen. Este es el gran crimen, a mi juicio. No la recomposición de la vieja oligarquía, sino el haber eliminado a la vieja clase dominada. El exilio, la eliminación física, la eliminación cultural —éste fue seguramente el pero tributo que la guerra trajo—.

Yo terminaría de una manera más retórica, pero no menos significativa. Es cierto que la guerra la ganaron unos y la perdieron otros., al menos el 1 de abril del 39. Pero quisiera recordar aquí las palabras con las que inicia el prólogo a uno de los libros que yo he escrito, el prólogo al libro sobre la Junta de Defensa de Madrid, el viejo colega, ilustre colega, M. Tuñón de Lara, cuando empieza diciendo en el prólogo que «a largo plazo, una guerra civil no la gana nadie». Yo lo diría esto de otra manera, que quizá resulta más explicativa. Lo que ocurre a largo plazo es que una guerra civil la pierden todos, porque, qué duda cabe, que si este país no hubiera recompuesto en 1939 aquella vieja oligarquía, habríamos ganado unas cuantas decenas de años en la modernización que hoy, a Dios gracias, parece ser un hecho.

Muchas gracias.

COLOQUIO

PREGUNTA: Durante la Dictadura del General Primo de Rivera, ¿no es cierto que la UGT apoya ese régimen porque piensa que hay que copiar el modelo de laboralismo inglés que propone, o parece proponer, Primo de Rivera?

RESPUESTA: La tesis de que durante la Dictadura se intentó crear una situación política que pivotara sobre dos partidos, uno a la derecha que no llegó a concretarse y una especie de remedo de laboralismo inglés, que tendría como base al PSOE y UGT que fue la parte del movimiento obrero respetada por la Dictadura, es la tesis que han traído a colación D. Carlos Seco Serrano, D. José Andrés Gallego, que yo recuerde en este momento, y que anteriormente había sido también formulada, creo, por Aunós, y que dista mucho de apoyarse en suficientes testimonios de la época. Es decir, no fue el General Primo de Rivera quien planteó esto. No. Esto parece plantearlo en algún momento el propio Largo Caballero y el propio Besteiro. Es decir, estos autores que han pensado que la Dictadura hubiera sido una solución constitucional liberal-parlamentaria, sobre o bajo el modelo inglés, se basa sobre todo, como Vds. saben bien, en la admiración que causó en algunos líderes socialistas, —en Besteiro fundamentalmente y en Caballero—, el triunfo, el gran triunfo del laborismo inglés en el año 26. Entonces, estos dos líderes, y alguno más hablaron, es cierto, de la posibilidad de hacer del socialismo español (lo cual por otra parte tampoco era nada descabellado) un partido al estilo y con los parámetros que el laborismo inglés tiene en la época. Bueno, pero hay que tener, creo, cuidado con no confundir las intenciones o las propuestas de Largo Caballero o Besteiro, o Araquistain, con lo que realmente la Dictadura se proponía. Es decir, que en definitiva en el 26 ya hay otras corrientes, como son la corporativista, y hay otros proyectos políticos como es la U.P., la Unión Patriótica, y de momento el embrión de reforma de la Constitución, que en definitiva acabaron imponiéndose. Es decir, que las tesis de Seco o de José Andrés Gallego recogen algo que realmente estuvo en el ambiente pero algo que, a mi juicio, en ningún caso fue propósito del «staff» directivo de la propia Dictadura.

Tanto en el Congreso ordinario como en el extraordinario del 27 y 28, lo que se plantea ya no es en absoluto el tema de la reconversión del socialismo en laborismo inglés. Hay un tema mucho más primario, que es el de si se colabora con la Dictadura o no. Pero a la altura de 1927 y 1928 el posible modelo inglés se ha abandonado, y lo que triunfa naturalmente es el intento de crear un Estado de partido único, y de régimen social corporativo, es decir, que esos movimientos hacia la creación de un partido laborista existieron, pero eso no puede, a mi juicio, siempre ser tenido como doctrina oficial de la Dictadura. Claro, ésta es solo mi opinión, aunque reconozco, que esas teorías, esas tesis, han circulado y circulan.

Hablando más claro: esto es un intento de endulzar un poco los proyectos dictatoriales que, en definitiva, creo que donde acaban es, ya digo, en un modelo que tampoco puede, por las mismas razones que en los años treinta, identificarse con el modelo fascista italiano. Tampoco. Pero sí a un modelo corporativista más bien parecido al salazarista portugués que a otra cosa. Esta es mi opinión.

PREGUNTA: Háblenos, por favor, del problema de la financiación de la Guerra Civil. ¿Por qué, por otra parte, no estudiar la guerra provincia a provincia?

RESPUESTA: Intentaré dar una breve opinión muy personal sobre cada una de estas dos cuestiones. Es muy de agradecer que se planteen cosas que yo no he tocado, y que evidentemente necesitarían efectivamente ser tocadas, pero es imposible que todo pueda ser tratado adecuadamente en una sesión como ésta. Bien, como saben todos, el tema de quien pagó la guerra ha sido siempre un tema difícil. Lo sigue siendo. Y, sin embargo, hay una notable diferencia entre el tema de quién pagó la guerra, bien se trate de quién la pagó en la República o quién la pagó en los nacionales o los nacionalistas. La respuesta, en principio es fácil. Porque, mientras la República se ha podido investigar, el tema de quién pagó la guerra para los sublevados ha sido siempre muchos más difícil de aclarar, por lo menos hasta el momento. De forma que no abundan los especialistas en el tema de la economía de la guerra, y sobre todo en el tema de la financiación, que es una parte de este tema económico.

Bueno, ahora dejando estos preámbulos más o menos platónicos, podemos decir que el tema del oro de la República está claro. Los depósitos de oro en el Banco de España fue indudablemente, si no el único, por supuesto un recurso absolutamente esencial para que la República pudiera adquirir armamento, para que la República pudiera subvenir a necesidades de divisas, por ejemplo. Y además del tema del oro del Banco de España, de las reservas de oro del Banco de España, tengan en cuenta que la República tuvo siempre un aparato financiero monetario en definitiva a su disposición, es decir, el Banco de España originario que, sin dar lugar a una inflación descontrolada, permitió atender a las necesidades de la guerra mediante la emisión de monedas sin mayor problema y sin graves traumas. Desde luego la República se hundió no por razones que tengan nada que ven con dificultades financieras en absoluto. La República no tuvo problemas financieros de Estado que fueran decisivas a lo largo de la guerra. Si Vds. quieren insistir, pueden perfectamente, y yo se lo agradezco, insistir, si no respondo exactamente a lo que se plantea.

Ahora, el tema de quién financió la guerra en el bando sublevado tiene muchas más implicaciones. En concreto, los rebeldes recibieron créditos a cambio de minerales, o a cambio de posibles cosas que también es verdad que nunca se concretaron: posibles ventajas territoriales, comerciales. Digo territoriales, en fin, con todas las limitaciones que hay que decirlo. Siempre se pensó que, en definitiva, la ayuda financiera a Franco iba a acabar en alguna cesión territorial, como ocurrió con el paso italiano. Pero, en fin, tampoco esto era clave. Si, por supuesto, con conciones de tipo comercial, con preferencias industriales. El hecho es que Franco y su gobierno recibieron ayuda, tanto de las potencias fascistas, es decir, de Italia y Alemania, como de los Estados Unidos o de Inglaterra, a título de préstamos privados, en unos casos, o de préstamos públicos, en algunos otros. Por ejemplo, es bien conocido el hecho de los préstamos de banqueros ingleses o los créditos concedidos por la TEXACO, —la cuestión del petróleo—, o bien el intercambio comercial que se realiza con Alemania a base de minerales, de productos alimenticios, etc. Bueno, esto por una parte, es decir, mientras los rebeldes tuvieron crédito exterior con

devolución, digamos con garantías, que eran casi todas futuribles, la República, lo que obtuvo lo obtuvo con las reservas que el Estado tenía de anteguerra. El caso es que inmediatamente el bando insurgente tuvo claro que sin un aparato monetario propio no era posible tampoco mantener la guerra, y entonces, en Burgos se creó una Delegación del Banco de España. Entonces el bando rebelde emitiría moneda, crearía su propia política monetaria, Larráz será uno de los artífices de ella. Esto junto, insisto, con la ayuda extranjera permitió que Franco financiara la guerra con más problemas que la República.

Bien, por terminar, recuerden que cuando termina la guerra, Franco tiene una deuda reconocida con Italia y con Alemania, que acabó en definitiva siendo pagada muchos años después, mientras la República no tuvo este problema, porque efectivamente tenía las reservas metálicas y tenía un aparato monetario más antiguo y mejor encajado, ¿me explico?.

El otro tema el de si la guerra ha de ser estudiada en las provincias, mi respuesta es que por supuesto. Y por ahí van las cosas en este momento. Desgraciadamente existen pocas monografías sobre el desarrollo de la guerra en regiones españolas concretas, o en provincias concretas. Está claro que la investigación en gran parte va por ese camino. Hay estudios antiguos y más recientes sobre el tema catalán, sobre el tema asturiano. Hay cosas, aunque no buenas, sobre Galicia. Hay cosas sobre Madrid. De modo que una de las líneas de investigación del futuro de la Guerra Civil es la guerra en cada avatar, incluso en aquellos sitios donde no hubo guerra en el sentido militar, o que, efectivamente, la guerra era un fenómeno sociológico que estaba relacionado, como dije al principio, con la lucha, pero que tuvo otras múltiples dimensiones. Yo creo que esta es una línea de investigación que tendrá que aclararse en definitiva y que se aclarará. Si quiere insistir, yo no tengo inconveniente, en lo que pueda, en aclararlo.

PREGUNTA: ¿Qué temas está tocando la historiografía actual preferentemente sobre la Guerra Civil? Querría saber por parte de autores españoles, no sobre los extranjeros.

RESPUESTA: Bueno, mi colega Mercedes Samaniego lo que me pide es otra conferencia, y, claro, esto sería demasiado. De modo que la curiosidad de Samaniego, que puede coincidir con la curiosidad de otros muchos de los presentes, y mis conocimientos modestos sobre el asunto, pueden llegar a un acuerdo sin necesidad de dar una conferencia que aclare el tema. Yo querría hacer una observación que me parece de justicia. Si yo he hecho alguna ironía sobre los autores extranjeros, téngase a ironía, pero no a nada más que esto, es decir, no a devaluar el trabajo de nadie. Yo no soy xenófobo, aunque tampoco me gusta chuparme el dedo. Pero xenofobia tampoco. Es decir, que todo investigador extranjero bien intencionado será siempre bien recibido en este país, pero creo que no debería ser muy jaleado. Bien recibido pero no jaleado. Está claro que la Guerra Civil no se conocería como se conoce hoy sin los trabajos de algunos autores extranjeros eminentes. Insisto que no quiero en absoluto que quede aquí el regusto de que yo vine a hacer una exposición xenófoba.

Yo, si a alguien he de acusar es al régimen español del General Franco y a ciertos personajes muy conocidos, como D. Manuel Fraga, que evidentemente están muy relacionados con el asunto de que la Guerra Civil haya tenido que hacerse en el extranjero. Como el tema parece interesante y no quiero que queden resquicios en esto, diré que mientras que el libro de Hugh Thomas (publicado en inglés en el año 61) se difundió enormemente, como todos sabemos, en este país —esto lo dice Southworth con mucha gracia— publicado en castellano en París y estaba prohibido, en los años sesenta, otro libro, como el de Bolloten «El Gran Engaño», que se publicó en Barcelona —se hicieron muchos más ejemplares—, se difundió mucho menos. El libro de Hugh Thomas lo conoce todo el mundo y el de Bolloten no, ¡qué fenómeno más curioso!. Bien, quiero decir que el de Hugh Thomas se difundió, primero, porque se tradujo al castellano y, segundo, porque era la primera historia completa de la guerra, pero hay otras tan buenas como ella que no se han difundido porque no se tradujeron en su momento. Es el caso de la obra de Broné y Témime en concreto, es decir, no se tradujo al castellano, —esa obra circuló en francés—, por tanto tuvo menor difusión. En los años sesenta hubo una historia de la guerra, y en los años ochenta debe haber otra. Bueno, sin embargo, los extranjeros siguen produciendo grandes obras sobre la guerra. Siguen produciendo grandes cosas. Ahí está el ejemplo de Bernecker sobre el anarco-sindicalismo, las colectivizaciones y la revolución social. Ahí está la reedición que hizo Bolloten de su obra enormemente ampliada, y pudiera dar ochenta más. Ahí están las cosas dirigidas por James Cortada en Estados Unidos, ahí están las cosas dirigidas por Preston, es decir, que, realmente en el extranjero se siguen produciendo cosas importantes sobre la guerra.

El caso español. ¿Qué es lo que se hace ahora mismo, en lo que yo sé, en las Universidades españolas sobre el tema de la guerra? Bueno, la verdad es lo que comentaba aquel amable oyente, que es la historia provinciana, regional de la guerra la que hoy llama especialmente la atención en las Universidades españolas. Entonces es de esperar, puesto que por lo que yo sé hay cosas en marcha, que el año que viene, 1986, que es el del cincuentenario, aparezcan publicaciones conjuntas o que aparezcan justamente esos estudios regionales, estudios sobre el desarrollo de la guerra en provincias o regiones. Sin embargo, y para concluir, yo pienso que en este momento la investigación sobre la Guerra Civil española no es todo lo abundante y numerosa que podría esperarse que fuera. No lo es. Y no lo es por una razón, profundamente errónea, por desgracia, y es que se cree que con lo que han dicho los grandes maestros de los años sesenta, y después esta eclosión historiográfica que hubo en torno a Ricardo de la Cierva y a Vicente Palacio Atard en los años setenta, bueno, últimos de los sesenta y primeros de los setenta, que el tema de la guerra esté agotado. Esto lo cree mucha gente, cuando, insisto, hay archivos privados ya citados —el de Salamanca, que todos conocemos—, o el del Servicio Histórico Militar, que no han dado en absoluto de sí, es decir, que no están explotados en la medida en que estos archivos pueden todavía dar de sí. Sabemos que por Salamanca aparece gente a mirar cosas a nivel provincial, o vasco, o alicantino, o sevillano, o valenciano, de modo que el tema provincial, diría yo para concluir, es el tema que más llama la atención en este

momento. Ahora bien, yo a los universitarios que nos escuchan les haría una llamada: no se necesitan hacer grandes propagandas ni sermones para decir que la idea de que el tema científicamente está agotado es una idea falsa. En fin, la guerra como fenómeno sociológico a nivel de los estratos sociales no protagonistas, sigue siendo un tema, a mi juicio, básico que está sin agotar, por supuesto.

PREGUNTA: Creo que la CEDA no representa a las clases políticas de la Restauración, y mucho menos que las fuerzas vencedoras en el 39 representarán a las fuerzas políticas de la Restauración, porque todo el fermento liberal, pequeño-burgués, etc. que estaba marginado y perseguido por sus convicciones masónicas. ¿Qué opinas sobre esto?.

RESPUESTA: Muchas gracias, Miguel Angel, porque aquí comienza la controversia de verdad, que es lo que se necesita porque si no la cosa no tiene ambiente. Miguel Angel Mateo le ha dado la vuelta a dos tesis importantes mías, lo cual prueba algo que yo quería probar: que todo esto dista mucho de ser aceptado por todos los expertos. Bien, allá va mi explicación histórica. Tú dices que la unificación de las fuerzas políticas rebeldes bajo Franco en el 37 no aglutina a todas las fuerzas de la derecha. Yo no he pretendido decir que esa unificación fuera la aglutinación del bloque de poder de la Restauración. No, evidentemente, yo no he pretendido decir eso. Si he dado esa impresión es erróneo. Claro que no. Al margen de la CEDA queda primero el viejo monarquismo alfonsino. Eso está claro. Es decir, el alfonsismo que se iría con Renovación Española, o Calvo Sotelo, o Goicoechea. La CEDA y Gil Robles se preocupan de dejarlo bien claro, —luego resulta que Gil Robles ha dicho otras cosas—. En su obra magna: «No fue posible la paz», él se preocupa de dejar claro que no pudo atenderse con los monárquicos; que, en principio, cuando creó Acción Nacional, luego Acción Popular, vinieron los monárquicos, pero al final los monárquicos acabaron convencidos de que Acción popular no era un partido monárquico, sino, como he dicho, un partido confesionalmente católico y políticamente accidentalista. En eso estamos de acuerdo.

Ahora bien, CEDA se convirtió en el máximo aglutinante de masas mesocráticas de origen fundamentalmente agrario, de origen castellano-gallego-valenciano-aragonés ligadas fundamentalmente al mundo agrario, no ya porque fueran propietarios agrarios, sino ligados a la cultura agraria. Y D. José María Gil Robles, no cabe ninguna duda, consigue crear un partido de masas bien diferenciado del monarquismo, bien diferenciado de la extrema derecha, pero que, a mi juicio, cometió el grave error político de no reconocer a la República, de no querer aceptar la Constitución, cosa que, como es bien sabido, D. José María Gil Robles no hizo bien. Esto por una parte. Creo que con esto queda mi idea de CEDA clara con un detalle más y es el detalle de que si CEDA hubiera acabado reconociendo la Constitución, podría haberse convertido verdaderamente en la derecha de la República. Pero no una derecha democrata-cristiana. Porque unos cuantos y yo —excluido Javier Tussell— no creemos que CEDA sea un partido democrata-cristiano, en las líneas más clásicas del democratismo-cristiano, de los «popolari» italianos, del PNV en su momento, es decir, no es un partido democrata-cristiano. ¿Por qué? Porque los verdaderos democrata-cristianos son ahogados en el partido, como es el caso del ministro

Jiménez Fernández cuando propone una reforma, que él dice que es católica, y otro diputado de su mismo partido dice: «oiga, pues si eso es católico, yo soy protestante». Este es el problema de CEDA que podía haber sido un eje fundamental del mantenimiento del sistema democrática-parlamentario.

La Revolución del 34 está evidentemente mezclado con esto, lo que pasa es que yo no he querido tocar el tema. Recuérdese que los sublevados de octubre del 34 dicen que no quieren que se entregue el poder a un partido que no ha reconocido la República. Yo no sé si esto sigue manteniendo la polémica o no. Evidentemente CEDA no recoge toda la derecha. El problema es, a mi juicio, que no se declaró republicana.

Esto por una parte, y por otra, muy brevemente, sobre el segundo problema hay una cosa que es cierta: el régimen del General Franco, desde el 1 de abril del 39, bueno desde antes, no recoge todas las fuerzas de la vieja oligarquía, porque excluyó a los que se pelearon con Franco. Es decir, todo aquel que se peleaba con Don Francisco era excluido. Esto es una manera de hablar en broma, digamos, pero piénsese en este asunto. Por supuesto que al régimen se incorporó todo el que quiso incorporarse, desde el General Martínez Arido hasta..., vamos a poner un ejemplo, en fin, todo a la izquierda que podamos, ¿quién podría ser un ejemplo muy a la izquierda?, muy a la izquierda de lo antiguo; sí, el conde Romanones. Bueno, no participó en nada. ¿Y entre el personal político? Bueno, las célebres familias políticas de D. Amando de Miguel que apoyan al General Franco durante, al menos, la primera parte de su régimen. Yo sigo insistiendo en que, salvo algunos casos de especial trayectoria política, siguen manteniendo al régimen.

Ahora bien, sí hay una cosa que conviene matizar. Una opinión monárquica importante, cuando se convenció de que Franco no iba a restablecer la Monarquía a corto plazo, acabó evidentemente evolucionando hacia el apoyo a D. Juan de Borbón. Pero una cosa son los líderes políticos, y otra cosa son las masas sociológicas. ¿Quién nos va a decir a nosotros que todos los viejos terratenientes no eran una de las bases fundamentales del régimen de Franco? Es decir, no confundir a Pedro Sainz Rodríguez, a José María Gil Robles, o a Areilza, con el campesino medio de Castilla-León, que apoyó a la Confederación Nacional Católica-Agraria antes que apoyar al Movimiento. Incluso el movimiento social popular, es decir, el partido Social Popular, gente que había participado en el viejo movimiento y que ahora está con Franco. Ahora bien, ciertos líderes, que lo que quieren es la Monarquía, se separan. Entonces, yo matizo, o rectifico: en este sentido el régimen no había recogido todo, porque había cierta opinión monárquica, políticamente hablando. Yo plantearía a mi vez que a los presentes nos interesa una contra-pregunta. No sé lo que el profesor Tussell expuso aquí. No lo sé y puede que le está contradiciendo. Quiero decir que yo no encuentro otra manera de explicar el primer franquismo. Como régimen fascista no. Creo que en esto estamos todos de acuerdo, sino como una recomposición fundamentalmente desde el punto de vista social de las viejas fuerzas que habían apoyado la España agrario-oligárquica que la Dictadura y sobre todo la República habían venido a intentar modificar. ¿esta fue la tesis de Tussell?.

MIGUEL ANGEL MATEOS: Bueno, no nos vamos a poner de acuerdo, y es bueno que así sea. Sigamos con preguntas de los presentes.

PREGUNTA: ¿Después que Franco gana la guerra, cómo se puede llamar correctamente a lo que surge de la guerra?

RESPUESTA: Vamos a ver. Lo llamamos régimen del General Franco, porque no tenemos manera mejor. Bueno, Vd. sabe bien, sin entrar en el asunto del que el régimen del General Franco, con perdón, ha dado lugar a muchísimas dificultades entre los sociólogos políticos y los politicólogos, —recuérdese el caso de Juan José Linz—, para ver cómo definirlo políticamente, porque, mire, a mí lo de franquismo me resulta espantoso. Eso de franquismo es un barbarismo que no estoy dispuesto a decir, siempre que pueda evitarlo. Entonces, el régimen del General Franco es una manera platónica, irónica, de no llamarle dictadura, —porque no me parece adecuado tampoco—, de no llamarle Movimiento Nacional, o de no llamarle, que quizá sería lo correcto. Regencia. No sé. Evidentemente es una limitación del lenguaje. Franco era el mismo eje de su régimen. Lo encarnó completamente. Parece, entonces, que llamarle régimen del General Franco es lo que menos traiciona la realidad de las cosas. En definitiva se trata de un problema de lenguaje.

PREGUNTA: ¿Cómo se explica que el General Franco aglutinara, como aquí se ha dicho por el ponente, a las fuerzas de la CEDA cuando resulta que el jefe de la CEDA, José María Gil Robles, que, aunque en un principio está de acuerdo, luego inmediatamente se va a la oposición, convirtiéndose en un pilar fundamental de la oposición en el exilio?

RESPUESTA: Bien, mi modesta opinión sobre el asunto, expuesta brevemente, es doble. Las masas de CEDA o de JAP evidentemente se incorporaron a la milicia de los sublevados, a la milicia de los nacionales y, digámoslo así, cierta parte del aparato dirigente del partido también acabó incorporándose al nuevo Estado, a Franco. Yo haría una salvedad, no obstante, porque esa salvedad sirve para explicar un poco el problema Gil Robles, y es que no se incorporaron en general, como tal CEDA, sino que se incorporaron a través del fenómeno ocurrido durante el Frente Popular, que fue que gran parte del votante de CEDA, de los directivos, acabaron en el Bloque Nacional, acabaron con Calvo Sotelo y con Renovación Española. Será a través de esta vía monárquica como se incorpore el Ejército que van a crear los generales sublevados. Es decir, que milicias de JAP en la guerra hubo unos cuantos batallones, infinitamente menores que los falangistas. Los carlistas, que acabaron luego por supuesto unificados en la milicia de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, mientras que, digamos a nivel de alcaldes, por ejemplo, a nivel de dirigentes locales del partido, éstos acabaron efectivamente incorporados al nuevo Estado, pero, repito, a través de la vía monárquica. ¿Por qué? Bueno, porque se pensaba, y hay muchos testimonios de ello, (y quizá aquí sí que nos sirven los protagonistas o los que vivieron aquello, como testimonio fiable). Se pensaba, digo, que el movimiento militar, de triunfar, no podía acabar de momento más que en una restauración monárquica. Esto es lo que opinaba la derecha del país, la opinión conservadora: en que aquello acababa trayendo al Rey. Bueno —aunque efectiva-

mente hay voces discordantes por ahí— se incorpora a Franco. Me estoy olvidando del tema fascista, es decir, cómo otra gran parte de CEDA se incorporará a Franco a través de Falange Española. Entonces, CEDA se incorporó al Movimiento, pero no como tal CEDA. Se incorporó a partir de febrero del 36 que es cuando viene la gran crisis de CEDA. Precisamente está claro que eso es lo que la derecha conservadora tenía que decir, que Gil Robles en su experiencia accidentalista había fracasado. O a la República se le mantiene o se la combate, —decía la opinión conservadora. Lo que no puede mantenerse es esta posición ambigua de que no somos republicanos pero apoyaremos la República. Esto es lo que a partir del triunfo del Frente Popular ocurrió.

Ahora, el propio personaje José María Gil Robles y en función de lo que él mismo cuenta, lo que por supuesto, está claro que no todo es creíble, ha mostrado dos actitudes bien claras. Por una parte, decir que él apoyó el levantamiento, y es verdad que él dice que junto con Martín Sánchez-Juliá y con Francisco Herrera, etc. es verdad que visitaron a D. Javier de Borbón, en San Juan de Luz, que aportaron medio millón de pesetas a los sublevados. El, por una parte, se ha jactado de haber apoyado el alzamiento, pero, por otra parte, también se ha jactado de que lo que no quería de ninguna manera es que aquello acabara en una dictadura militar. Independientemente de que luego D. José María Gil Robles se declarara monárquico, muchos años más tarde, pero pongámonos en el año 36-37. D. José María Gil Robles acabó, como es bien sabido, emigrando porque dice que aquello iba a terminar en dictadura militar, lo mismo que dice Pedro Saiz Rodríguez, que está más a la derecha, pero que dice igual: «no, no, nosotros no hemos apoyado esto para que acabara en dictadura militar». Esta es la explicación más favorable a D. José María Gil Robles que se puede dar de por qué se retiró. Hay seguramente, aunque con riesgo de extenderme demasiado, más cosas, es decir, ¿cómo es posible que José María Gil Robles y Franco hubieran colaborado políticamente?. Esa colaboración era ya muy difícil, una vez levantados contra la República. Yo creo que en definitiva hay algo también personal.

Yo sigo pensando, y esto lo pensaba mucha gente, que José María Gil Robles podría haber sido una de las piezas fundamentales del funcionamiento del sistema democrático en este país, en los años treinta, y lo fue. Y no vamos a juzgarle evidentemente, pero parece que es absolutamente irrefutable el fracaso de D. José María Gil Robles. No hubo nunca una derecha republicana, esto está claro. De ahí la importancia de que haya una derecha e izquierda claras en un régimen que no puede funcionar sin ellas, claro.

PREGUNTA: ¿Nos puede dar su opinión de la acción de Niceto Alcalá Zamora al dejar a D. José María Gil Robles después de su elección mayoritaria?.

RESPUESTA: Hay cierta responsabilidad de D. Niceto. El nunca tuvo un gran partido tras él. Pero, en definitiva, D. Niceto no podía darle la alternativa real a D. José María Gil Robles, porque sabía que, en cuanto hiciera esto, tenía a toda la izquierda en contra. ¿Cómo dar la alternativa en la República a un hombre que no se ha declarado republicano? Entonces, cuando D. Niceto no tuvo más remedio —que

fue lo que ocurrió en octubre del 34— admitió no darle el poder a Gil Robles pero sí que entraran ministros de CEDA en un gobierno no presidido por él. Es decir, D. Niceto llegó hasta donde pudo llegar. Ahora, yo diría otra cosa: y es que D. Niceto quiere representar la solución no de izquierdas. De ahí que, a través de Portela Valladares, a finales del año 35, intente montar una célebre operación de centro, que fracasa también estrepitosamente, porque, mientras D. José María Gil Robles naturalmente conecta con masas sociológicas, reales, existentes, el centro a la altura de los años treinta tiene escaso sentido. Bien, entonces respondiendo a lo que Vd. plantea, D. Niceto Alcalá Zamora puede tener ciertas responsabilidades de hecho, pero nunca las que tuvo D. José María Gil Robles. No, por el hecho de que éste último era un líder al que seguían masas, y esto nunca le ocurrió a D. Niceto. El hecho de haber dado una pequeña alternativa a Gil Robles —la del 34— le costó a D. Niceto la presidencia de la República. ¿Por qué fue eliminado D. Niceto de la presidencia de la República? Porque toda la izquierda, la burguesa y la obrera, sabían perfectamente que D. Niceto les gastaría una faena en cuanto pudiera, en función de ser él el que diera las soluciones sin tener un partido. Entonces lo eliminaron de presidente de la República en cuanto tuvieron la más mínima oportunidad.

PREGUNTA: ¿Fue José Antonio un auténtico fascista?

RESPUESTA: No, no. La opinión de muchos, no la mía, porque yo no me tengo por un fascistólogo consumado, —yo le voy a repetir a Vd. otras opiniones más autorizadas que la mía—, es que no. El tema está muy en relación con lo que estamos diciendo. Mire Vd., las masas que el fascismo a escala europea consiguió dirigir, consiguió integrar en una gran corriente, son las masas que aquí controló CEDA. Es decir, el problema no es la persona de José Antonio—independientemente de lo que tenga que ver con la persona de José Antonio—, (yo diré una pequeña cosa después), sino el hecho de por qué fracasa el proceso de fascistización en este país. Bueno, porque realmente toda la opinión a la que se dirige el discurso fascista, es esta misma clientela que, como ya dije antes, va a ser controlada por este pensamiento cristiano, confesional, pensamiento pequeño-burgués agrario, pensamiento defensivo frente a la posible proletarización, frente a la amenaza del proletariado.

En definitiva, aquí no hubo un fuerte movimiento fascista porque quien controla a las masas —y esto está también muy en relación con los dirigentes— es una vieja mentalidad, que viene de la oligarquía antigua. Por último, el verdadero fascista en este país no es José Antonio, claro. El verdadero fascista es Ramiro Ledesma, por ejemplo. El pensamiento de José Antonio es mucho más conservador de derechas que el de Ramiro Ledesma. De modo que esto hace todavía más difícil de explicar el asunto.

PREGUNTA: ¿No es la causa de la guerra —me refiero a su caracterización del Ejército como árbitro— el que en España el que pierde rompe la baraja? ¿Es que los españoles estamos predeterminados a luchar así, no como otros países?

RESPUESTA: Bien, también puedo contribuir con una modesta opinión sobre el asunto. La verdad es que, empezando por el final, este tema se discute bastante hoy

a raíz de algunos libros últimos importantes como el de Ballbé referente al Ejército y el orden público, como el de Cardona referente al poder militar. El tema del Ejército sigue siendo un tema que científicamente da mucho de sí. Como Vd. plantea, es un tema que preocupa. Durante mucho tiempo se ha creído que en este país el Ejército ha tenido un protagonismo importante, desde 1805 hasta 1975. Un protagonismo importante porque la sociedad civil, —en relación también con casas que ha escrito Carlos Seco últimamente—, ha sido excesivamente débil como para poder llevar adelante la vida política del país, manteniendo al Ejército dentro de los límites estrictos de ser una institución del Estado con fines muy específicos, puesto que la sociedad civil aquí nunca ha sido capaz de resolver sus propios problemas por sí misma y ha tenido que echar mano del instrumento militar. ¿Por qué los Generales en el siglo XIX presiden gobiernos, se pronuncian continuamente, imponen su ley de una u otra manera? Generalmente se ha dicho que porque aquí no ha habido unos partidos liberal-burgueses con la suficiente entidad como para poder dejar al Ejército en sus cuarteles. Bueno, ésta es una tesis que hoy se viene a discutir, pensando si no será al contrario, si no será que justamente porque desde 1808 este país ha tenido siempre un Ejército hipertrofiado, un Ejército enormemente abundante en oficialidad, —tema ya conocido—, un Ejército cuya situación social no correspondía en absoluto a sus funciones. Si no será que la preponderancia del Ejército, el tener este hipertrofiado ejército, es lo que ha impedido en parte que haya unos verdaderos partidos civiles poderosos. Bueno, ve que no le doy con ello una respuesta sino que le planteo una nueva interrogante. Se debe seguir estudiando y se debe seguir operando en cualquiera de las dos hipótesis.

Por último, contesto a otra de las implicaciones que Vd. plantea como más candentes. Es cierto que, por lo menos en mi opinión, el Ejército funcionó como árbitro, y hay una cosa interesante que es que siempre se ha pensado: que el Ejército está al servicio de alguna idea política, que de hecho son los civiles los que manejan. Es decir, que el Ejército ha sido empleado siempre como instrumento, instrumento de fuerza para mantener una política que no está generada por el Ejército. Quiero decir que un Narváez estaba al servicio de las ideas conservadoras-liberales del XIX, y un Espartero al servicio de las ideas progresistas. Bueno, siempre se ha pensado que el Ejército ha sido instrumentalizado. Yo esto lo he escrito en algún libro también, que estamos siempre en este país con que cualquier grupo político, que cree poder hacerlo, lo que va es en busca de los militares para que le resuelvan el trabajo de intentar cambiar la situación política por la violencia. Bueno, esto también es relativamente discutible. ¿No será que este Ejército español que, desde 1808, ha tenido un papel relevante, tiene sus propias ideas? ¿No sería interpretable la insurrección militar del 36, más como un intento autónomo de los militares de salvar la patria, como ellos dicen, sin que por eso haya que pensarse en que están al servicio de un grupo político concreto? Porque esto hace más difícil todavía entender el problema del Ejército español, es decir, un Ejército que tiene, y Vds. recuerden que hay experiencias recientes que pueden hacer pensar en esto, un cierto pensamiento político.

Yo he oído llamar a esto por algún especialista militar un *pensamiento militar autónomo*, que ha hecho pensar a la clase militar de este país que ellos tienen soluciones independientes de las políticas. Esto pareció pensar en algún momento Primo de Rivera. Al Ejército se le divide menos cuando hay algo que realmente le afecta mucho, por ejemplo: la derrota del 98. Entonces ahí el Ejército se apiña. Viene el tema africano y el Ejército vuelve a dividirse. Entre 1917 y 1936 yo creo que el Ejército está, más que otra cosa, dividido. Ahora bien, luego hay otro problema: viene la reforma Azaña. Y, sobre todo, viene la guerra y el Ejército ha sido durante 40 años, bajo el régimen del General Franco, otra vez monolítico.

El tema del Ejército sigue siendo un tema delicado. Ahora bien, está claro que en una sociedad como a la que parece que vamos, créanme que el Ejército debe ir a sus funciones institucionales y nada más. Y esto es un signo de modernización, evidentemente.

Zamora, 4 de mayo de 1985

**DIPUTACION
de ZAMORA** 

instituto de estudios zamoranos
florián de ocampo
(C.S.I.C.)

